



Carlos Chernov  
**AMOR SE FUE**

**INTERZONA**

Te invitamos a leer  
las primeras páginas de este libro,  
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,  
acá podés conseguir tu ejemplar.

**COMPRAR LIBRO**

**AMOR SE FUE**



Carlos Chernov

**AMOR SE FUE**



**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Chernov, Carlos

Amor se fue / Carlos Chernov. -1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Interzona Editora, 2023.

240 p.; 21 x 13 cm. - (Zona de ficciones)

ISBN 978-987-790-074-3

1. Literatura. 2. Narrativa. 3. Narrativa Argentina. I. Título.  
CDD A863

---

© Carlos Chernov, 2023

© interZona editora, 2023

Pasaje Rivarola 115  
(1015) Buenos Aires, Argentina  
www.interzonaeditora.com  
info@interzonaeditora.com

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Brenda Wainer

Composición de tapa: Fernando Ozón


Ilustración de tapa: Intervención sobre *Pygmalion y Galatea* (1890),  
de Jean-Léon Gérôme

ISBN 978-987-790-074-3

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

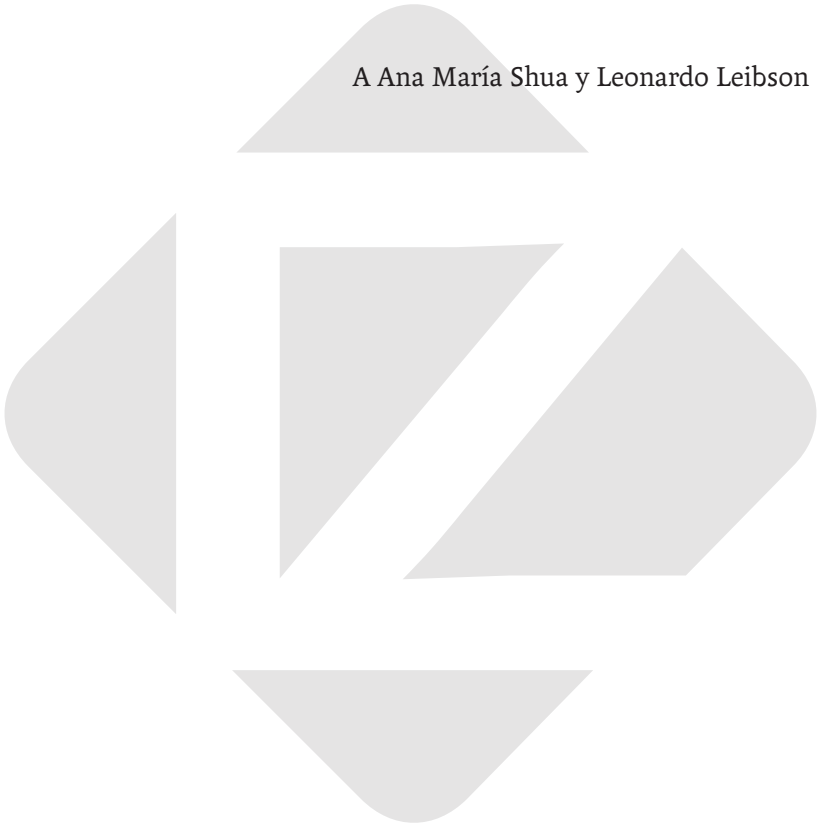
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*Amor se fue; mientras duró  
de todo hizo placer.  
Cuando se fue  
nada dejó que no doliera.*

Macedonio Fernández

A Ana María Shua y Leonardo Leibson



## 1.

En la infancia el sexo es como un rompecabezas del que se conocen las piezas, pero no se sabe cómo armarlo ni cómo funciona. Cuando Alberto tenía ocho años un compañero de la escuela le contó cómo era el acto sexual. Al principio, Alberto no le creyó. Aunque la solución había estado siempre delante de sus narices le causó sorpresa y rechazo. Que sus padres lo hubieran concebido con los mismos órganos que usaban para orinar le pareció asqueroso. Por otra parte, el sexo tenía algo de ridículo, era tan simple que parecía tonto: una frotación entre dos órganos hasta que de uno de ellos brotaba un juguito. También le llamó la atención que el placer supremo que podían disfrutar los humanos fuera gratis.

Pronto dejó de justificarlos –sobre todo a su madre– y abandonó la idea de intentar rescatarla de la reprobación convenciéndose de que se había “sacrificado” solo las veces necesarias para concebirlos a su hermana y a él, que de otro modo no habrían existido.

Alberto comprendió que sus padres llevaban una especie de doble vida. De día trabajaban, eran formales y pretendían educarlos con el ejemplo; de noche se transformaban en animales: gritaban y gemían. Ahora entendía los ruidos que provenían de su habitación. Le causó una profunda extrañeza darse cuenta de que, a pesar de parecer civilizados, sus padres eran unos salvajes.

En la misma época en que le hablaron del sexo Alberto se enteró de cómo era la muerte. Los fines de semana lo llevaban a un club judío en el Tigre. Solían instalarse en un parque con árboles cerca del río.



Mientras los adultos hacían el asado, los chicos jugaban a la pelota o a las escondidas. A la mayoría le gustaba esconderse debajo de un grupo de pinos. Algunas ramas de esos pinos crecían casi a ras del suelo, tan bajas que formaban una especie de cueva en la que tenían que entrar arrastrándose. Debajo de los pinos había unas losas de concreto, seguramente tapas de cloacas o tuberías, pero los chicos más grandes decían que era tumbas. También decían que los muertos se pudren en la tierra y que se los comen los gusanos.

Alberto piensa que es un recuerdo muy viejo y bastante dudoso, ni siquiera sabe cuánto hay de recuerdo y cuánto de fabulación. Tampoco cree que alcance con exponerse a un único comentario de un chico para que el mundo se derrumbe, pero está seguro de que esta revelación lo dejó aterrado y le provocó un sentimiento de extrañeza que lo acompañó para siempre.

No podía creer que la vida terminara de esa manera y a la vez sentía que era verdad. Le parecía imposible que les tocara un destino tan horrible –se preguntaba qué habían hecho para que los castigaran con tanta crueldad–, sin embargo, le sonaba verosímil, quizá precisamente por lo horrible. Alberto quedó triste y asustado. No quería hablar del tema con sus padres porque sospechaba que confirmarían su temor, que le dirían que la muerte era así.

Ya no fue el mismo chico. A veces el sentimiento de extrañeza le permitía asumir una actitud escéptica que lo tranquilizaba por un rato. Observaba la realidad de costado como si hubiera salido de la escena, pero no para sentarse en la platea a ver la obra, sino para ubicarse entre las bambalinas, estudiando a los actores y a los espectadores con suspicacia, tanto a los que representaban como a los que creían que lo que ocurría en el escenario era verdadero. En esos momentos se colocaba en una tercera posición, ni creía ni dejaba de creer, no se decidía por nada.

Al poco tiempo murió su abuela materna. Por casualidad, ese día habían ido a visitarla con su madre. Entraron a la casa con sus llaves –la abuela no podía abrir la puerta, estaba postrada–. Fueron

a su dormitorio, la encontraron quieta y pálida. Al verla, su mamá se sobresaltó, no le encontró el pulso, se tapó la boca para ahogar un grito y salió corriendo a llamar al médico. Alberto aprovechó su ausencia para tocarle la cara. Apoyó los labios sobre la frente, como hacía su madre para tomarle la temperatura: ni siquiera estaba fría. Tenía los ojos cerrados como si estuviera durmiendo. Aparentemente, morir no se diferenciaba de dormir. No notaba ningún cambio, pero sabía que su abuela había sufrido un cambio definitivo. Que la realidad no se esforzara por parecer realista lo dejó perplejo.



## 2.

Alberto se levanta de la cama lo menos posible; les queda poco tiempo juntos y mientras viva quiere estar con ella. A cada rato la toca para ver si respira. Se acuerda de que cuando sus hijas eran bebés se levantaba varias veces a la noche para ver si respiraban. Le cuesta mucho dormirse; tiene miedo de soñar que se duerme y que de golpe lo despierta un soplo frío y descubre que Ana está muerta.

Viven en una calle sin salida, casi no pasan autos; fuera de temporada los únicos que entran en su calle son los curiosos o los que están perdidos. En las noches de viento se oye el ruido del mar, cuando hay sudestada el oleaje revuelto resuena atronador. Si no, todo está en silencio. Antes les gustaba pasear por la playa y ver el mar iluminado por la luna, pero ahora Ana casi no puede moverse. Él se arrepiente de no haberla acompañado en algunas ocasiones a ver salir la luna llena. Tenían que esperar sentados sobre la arena fría del médano y a Alberto la menor incomodidad le arruina el placer.

Ana quiere calor y oscuridad, pero en la costa hace frío y es difícil calentar la casa. Algunas noches se ponen gorros de pólzar para dormir. Además, Ana le pidió que quitara las estufas de cuarzo, la luz anaranjada la angustiaba: sentía que la cama estaba en medio del Infierno. Con las cortinas de *black-out* el dormitorio queda en penumbras. Alberto se acostumbró a la oscuridad, camina hasta el baño a ciegas. Las necesidades de su cuerpo lo despiertan en medio de la noche, como un bebé despierta a su madre para que lo atienda. Lo enoja tener que levantarse a orinar a cada rato, no

pensó que la próstata le daría problemas desde tan joven. Orina en la pileta; se dice que no quiere despertarla con el ruido de la descarga del inodoro, pero sabe que lo hace porque desde que Ana se enfermó todo le importa una mierda.

Mientras orina se mira en el espejo: se ve como una imagen negra, apenas más sólida que la oscuridad que lo rodea. Piensa que cuando Ana muera, la oscuridad va a terminar de tragarlo, que se va a convertir en una sombra entre las sombras. Odia tardar tanto en orinar; tiembla de frío, descalzo sobre los mosaicos calcáreos que absorben la humedad de la arena sobre la que está construida la casa. Odia que el mundo sea tan poroso, que todo tienda a mezclarse, que haya infinitos agujeros que comunican los espacios, que los líquidos atraviesen las membranas y que las células se sequen y arruguen o se hinchen hasta reventar.

Vuelve a la cama y la abraza. Ana nunca lo rechaza, siempre le gusta que él la toque. Quiere abrigo con su cuerpo, ella tiene los hombros finos y se le enfrían rápido. Duermen pegados como cucharitas. Antes ella se llevaba la mano derecha de él a su pecho izquierdo, ahora Alberto descansa su mano sobre la cicatriz donde estuvo ese pecho. Ana duerme tan profundamente que es casi como si estuviera inconsciente, pero Alberto no deja de acariciarla. El médico de cuidados paliativos le dijo que a los pacientes les hace bien que los toquen, aunque estén en coma. La acaricia con mucho cuidado, muy suavemente. A veces el contacto físico le resulta doloroso, algunos días no soporta la ropa, ni el peso de su cuerpo sobre los pies. Mientras viva quiere estar con ella, pero al final él también se queda dormido.

### 3.

Leí que el cáncer de mama es más común en mujeres que nunca dieron el pecho, pero, aunque Teresita les dio de mamar a sus dos hijos, igual tuvo cáncer y le tuvieron que sacar una teta. Pobre. ¡Con las tetas preciosas que tenía! Me acuerdo de que íbamos a tomar sol en la terraza de su edificio, cerrábamos la puerta con llave y hacíamos *topless*. Incluso acostada los pechos de Teresita se mantenían erguidos, no se le achataban como les pasa a las chicas de pechos grandes, que cuando se acuestan se les desparraman como flanes. Los de ella eran bien firmes, no necesitaba usar corpiño; se lo ponía para que los tipos no la molestaran tanto en la calle, pero igual la molestaban, los volvía locos. En cambio, Graciela los tenía chicos como los míos y le dio de mamar a Pedrito casi hasta el año y medio porque le gustaba que se le mantuvieran grandes por la lactancia. Pobre, de tanto dar el pecho se le arruinaron, le quedaron arrugados como limones. Yo siempre estuve en contra de las siliconas, pero en el caso de Graciela estaban justificadas. Las tetas son tan lindas, pero tan delicadas... Me hubiera gustado mucho dar de mamar. Cuando sacaba a pasear al bebé de Graciela, lo traía a casa y me lo ponía al pecho; por supuesto no me salía leche, pero me encantaba hacerlo, me emocionaba ver cómo Pedrito me miraba. Lo hice algunas veces, cuando todavía era un bebito. Me hubiera dado mucha vergüenza que mi amiga se enterase. Nunca se lo conté a nadie.



#### 4.

Alberto se cruza en la calle con su prima Silvia y la invita a tomar un café a su casa. Habían dejado de verse durante un largo período a pesar de haber compartido innumerables vacaciones y reuniones familiares. En la adolescencia Alberto se había alejado de sus primos, se sentía incómodo con ellos. Silvia es abogada, hace poco Alberto la llamó para que le recomendase a un colega que lo defendiera en un juicio de mala praxis.

Cuando tenía diez años Alberto se había enamorado de ella en una fiesta familiar; un enamoramiento que no pasó de esa noche, porque los primos lo descubrieron y se burlaron de él hasta cansarse.

Después de la cena los nietos más chicos se instalaban en el comedor diario a ver la televisión y los más grandes iban a la habitación de servicio. Se sentaban a charlar sobre una cama polvorienta que nunca había sido usada porque la abuela se negaba terminantemente a tener empleada doméstica. Silvia y Alberto tenían la misma edad, los mellizos Ruth y José eran unos meses más grandes, y la hermana de Alberto, la mayor de todos, tenía trece. La habitación de servicio olía a jabón blanco en barra y a diarios viejos. Su abuelo guardaba los diarios hasta que la pila alcanzaba el peso máximo que podía cargar para llevarlos al negocio distante cuatro cuadras. Los utilizaban para reforzar los paquetes de mercadería que despachaban a los clientes del interior. Sobre una mesa había fideos caseros cortados a cuchillo y frascos de boca ancha llenos de tomates verdes y pepinos en salmuera.



A un costado, una máquina de coser Singer y debajo de ella un par de bolsas de carbón. Todos los domingos, la abuela le hacía un asadito a su marido en un brasero diminuto en el lavadero. Alberto supone que ahumaría a los vecinos del pozo de aire y luz, pero nunca se enteró de que los vecinos se hubieran quejado del olor del asado y sospecha que, aunque se hubieran quejado, la abuela de todos modos los habría seguido haciendo.

En una pared había una foto enmarcada, en blanco y negro, no muy grande. En ella aparecía la prima Annie, a los siete años, entregándole un ramo de flores al General de Gaulle en alguna ceremonia en el París liberado. Los chicos no le daban importancia, aunque seguramente la abuela les habría explicado la trascendencia de la escena. Tal vez ella misma tampoco le daba tanta importancia, por algo la tenía colgada en el cuarto de servicio. Annie era una huérfana de guerra, una nena judía cuyos padres fueron asesinados por los nazis. Fue rescatada y cuidada por las monjas de un convento, que la refugiaron allí bajo una identidad falsa y que cuando terminó la guerra buscaron a sus parientes más cercanos. La adoptaron la tía Dora y el tío Abel. Dora tenía fama de ser egoísta y perezosa, apenas se ocupaba de su propio hijo. El tío Abel era el rico de la familia, aunque no era realmente rico, simplemente le iba bien con sus bombonerías. Alberto lo recuerda como un hombre pálido, de rasgos delicados y bigote gris; un hombre bondadoso y paciente con los chicos.

Annie resultó ser una sobreviviente nata, pasó de la persecución de los nazis a la de su hermanastro, seis años mayor que ella, que la acosaba y manoseaba sin tregua, bajo la mirada indulgente de la tía Dora y la no intervención del tío Abel, acaso un hombre más débil que bondadoso.

Esa noche, Annie, de veinticuatro años, fumaba un cigarrillo en la sobremesa, aunque sabía que el abuelo Salomón opinaba que las mujeres que fumaban eran todas putas. Ruth, Silvia y la hermana de Alberto pensaban que Annie era sumamente elegante.

“Claro”, se decían, “es francesa”. Mientras las primas discutían acerca de a qué edad una chica podía empezar a maquillarse y usar medias de seda, José leía *El Tony*. De pronto, Alberto tuvo una revelación: se dio cuenta de que su prima Silvia era hermosísima, no comprendía cómo no lo había notado antes. No podía dejar de mirarla embelesado. Ruth interceptó su mirada y sin preámbulos, aunque muy sorprendida, le dijo: “Vos gustás de Silvia”. Alberto no respondió, se quedó paralizado, no era bueno para ocultar sus sentimientos. José levantó los ojos de la revista y en un tono más académico que admonitorio le dijo: “Entre primos no se puede”. “¿En serio gustás de mí?”, preguntó Silvia incrédula. Ruth y su hermana se reían de él a las carcajadas. Finalmente, Alberto salió corriendo de la habitación y se encerró a llorar en el baño.

Ahora, cuarenta años después de ese episodio que lo avergonzó tanto, charla con Silvia en la cocina de su casa. Alberto le comenta que está buscando una profesora de inglés. Siempre retoma el estudio del inglés unos meses antes de cada congreso, no porque las ponencias se escriban en *la lingua franca* – maneja perfectamente el inglés médico desde hace años –, solo quiere refrescarlo para poder hablar con las colegas que asistirán al congreso. Seducirlas es incompatible con la torpeza lingüística.

Recuerdan a la profesora de inglés de la infancia. La Sra. Strauss, una judía polaca de apellido vienés, que vivía en el edificio de sus primos. La profesora enseñaba en su casa. En el living había unos sillones cúbicos, de goma espuma, tapizados en una tela sintética blanca y peluda, que a Alberto le parecían el *non plus ultra* del refinamiento y el buen gusto. Todo estaba impecable en la casa de la Sra. Strauss. Nunca había olor a comida, ni nada fuera de lugar. Silvia y Alberto sonríen cuando se dan cuenta de que ninguno de los dos jamás se atrevió a pedirle pasar al baño.

Silvia le comenta que su marido está estudiando inglés con una profesora que trabaja con grupos de ejecutivos. “Ana tiene un

inglés casi nativo, vivió muchos años en Estados Unidos. Además, es un encanto”, sonrío su prima.

Esa misma tarde le toca el timbre Graciela, una compañera de la carrera con la que se ha reencontrado al mudarse a ese edificio. Ahora es su vecina y viene a pedirle prestada la asadera más grande que tenga, dice que la necesita para cocinar un salmón entero. Salieron una noche, al poco tiempo de que Alberto se mudara. En el auto ella se quitó los zapatos; la visión de sus pies descalzos sobre la alfombrita de goma lo excitó, pero cuando se bajó del auto observó la pobreza de su culo resaltada por los jeans y recordó su delgadez extrema. En el restaurante, casi como una excusa, Graciela le dijo que era más difícil engordar a una flaca que adelgazar a una gorda. Mientras comían, ella se descalzó nuevamente, apoyó su pie sobre el sexo de Alberto y empezó a acariciarlo. “Nuestros apetitos públicos y privados apenas separados por la tabla de la mesa”, pensó Alberto con una sonrisa. Al rato, las caricias comenzaron a desagradarle; sentía el pie de Graciela demasiado caliente, con un calor seco y afiebrado.

Volvieron al edificio y fueron al departamento de Alberto. Intentó tener sexo con ella, pero no pudo: su flacura lo perturbaba. Lo impresionaban el vientre hundido y los pechos lisos prácticamente reducidos a los pezones. Apenas pudo tocarla, la abrazó casi por cortesía y pronto se quedó dormido. A la madrugada ella se fue a su departamento sin decir una palabra. Desde entonces se distanció de él, pero, aunque le dispensaba un trato frío e irónico, no dejó de hablarle.

Cuando se están despidiendo en la puerta, suena el celular de Graciela. “¡Ana!”, exclama alegre al atender. De repente, Alberto intuye que es la misma Ana de la cual le ha hablado su prima Silvia. Consciente de que sería una casualidad increíble, le dice a Graciela: “tu amiga es profesora de inglés”. Asombrada, Graciela mira su celular como si él pudiera ver a través del aparato.

“¿Cómo sabías, si yo nunca te hablé de ella?”, le pregunta perpleja. Alberto le explica que esa misma mañana su prima le había recomendado una profesora de inglés que se llamaba Ana y que tuvo el pálpito de que era la misma persona. Aunque detesta todo tipo de creencias y supersticiones, Alberto siente que desde antes de conocerla ya le pasa algo con Ana.

Graciela le cuenta que se conocen desde el jardín de infantes maternal, de cuando todavía usaban pañales y chupete. Recuerda cómo corrían por el patio agarradas de la mano, a los tres años, dice que es uno de los primeros recuerdos de su vida. “La conozco desde la época en que no teníamos mielina sobre los nervios”, sonríe Graciela. “Un típico chiste de médico”, piensa Alberto con cierto desdén. Esas bromas privadas entre colegas siempre le suenan burdas.

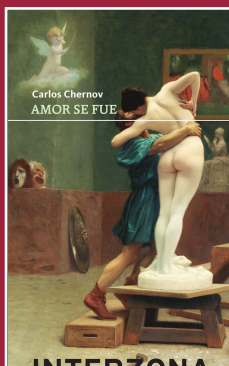
“Se quedaba muy seguido a dormir en casa. Le gustaba más estar con nosotros que con su propia familia. La madre apenas la atendía. A los cuatro años la mandaba al jardín despeinada, con piojos y con las puntas de los zapatos despellejadas. Le daba una manzana sin pelar. Ana tenía que pelarla a los mordiscones y escupir la cáscara. Todavía tenía dientes de leche, no sé cómo se las arreglaba. Somos amigas de toda la vida; me acuerdo de cuando llevamos al veterinario a un cachorro de foxterrier, tan chiquito que podía dar vueltas dentro de una caja de zapatos. Y además es una de las personas menos envidiosas que conozco. Aunque no pudo tener hijos, siempre estuvo muy contenta con mis embarazos”.

“Tratala bien”, le advierte Graciela muy seria. Alberto sabe que sigue resentida porque la rechazó en la cama, pero de todos modos se pregunta si se habrá hecho fama de mal tipo con las mujeres. “Únicamente la quiero como profesora de inglés”, se defiende. Graciela frunce la boca con una mueca de suspicacia.

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?  
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en [interzonaeditora.com](http://interzonaeditora.com)  
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



**COMPRAR LIBRO**

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

**INTERZONA**